Sta Stella Sanchez

Tomo 6

REPERTORIO AMERICANO

Núm. 3

SAN JOSÉ, COSTA RICA 1923 LUNES 30 DE ABRIL

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

A propósito del 1º de Mayo

[Esta conferencia se dijo hace algunos años a no recordamos qué grupo de obreros de esta capital. En estos días, en que se trata de renovar la fe en la patria y en sus destinos, algunos de sus párrafos pueden ser oportunos; entendidas así las cosas, los sacamos del olvido en que yacían].

SEÑORAS Y SEÑORES:

La historia del trabajo proletario, tan antigua como el mundo, registra en sus páginas humildes y olvidadas acontecimientos trascendentales dentro de la historia general de la civilización. Nos son desconocidos, ciertamente, la mayoría de sus héroes beneméritos, mas no por eso ha de aminorarse nuestra gratitud hacia ellos.

En dos direcciones, a mi juicio, se desarrolla la historia del trabajo proletario: la una, en lo que se refiere a la invención de los utensilios y al descubrimiento y dominio de las fuerzas naturales que facilitan el trabajo manual y lo hacen más productivo: la otra, en lo que se refiere a las batallas libradas por el proletariado de todos los tiempos y países en pro de su liberación política y económica. Creo que debiera esta historia ser objeto predilecto de estudio de parte de vosotros, los obreros; la conciencia emancipadora de la clase artesana no será robusta y luminosa hasta tanto no conozca a fondo el camino recorrido por los ignorados y heroicos antecesores en el terreno de la libertad y del dominio de las fuerzas naturales: y sin ello, ni será fácil para vosotros explicarse el momento histórico en que vivís y orientarse con más inteligencia y firmeza hacia lo porvenir.

Ya sabemos que las efemérides y los héroes del trabajo no resplandecen con el brillo de los del Estado o los de la Iglesia, ni sus nombres resuenan pomposamente en los largos corredores de la historia; todos ignorados, ni se recuerdan, ni son objeto de culto. La historia oficial que en las escuelas laicas y eclesiásticas se enseña, a ellos si apenas hace superficial referencia, para dar extensión, en cambio, al relato de las hazañas políticas y guerreras de ambas seculares instituciones. Es muy significativo, por cierto, para quien reflexiona, este prudente silencio de las dos poderosas organizaciones autoritarias que comparten en la tierra el dominio sobre los rebaños de hombres. De lo anterior se desprende que la mayoría de los niños que pasan por escuelas y liceos apenas si tienen referencias del trabajo manual como institución de progreso, de verdad el más duradero y provechoso que existe para los hombres. La común ignorancia de estas cosas en los hijos de los proletarios que tuvieron la fortuna de instruirse primariamente, prolonga la común indiferencia por el trabajo, sus héroes, sus fiestas.

Los ilustres progenitores de nuestra raza, los arios, que estaban más cerca de la realidad de las cosas, celebraron las fiestas públicas del trabajo y santificándolas, las incorporaron a las ceremonias religiosas. En los Vedas, los libros sagrados de la India, se habla de las fiestas antiquísimas del arado, de la siembra, de la siega, como formas de culto a la generosa madre tierra, que da todos los días el sustento a los hijos que no la olvidan, que la saben trabajar y la riegan con el sudor de sus frentes. Porque si bien la Biblia habla del trabajo como una maldición y en los mitos de Grecia se cuenta del trabajo como una de las calamidades venidas al mundo—hasta entonces ocioso—por la curiosidad indiscreta de la joven Pandora (la Eva griega), es lo cierto que las religiones naturales que estuvieron más cerca del corazón del pueblo sencillo, consideraron el trabajo independiente o en familia, como una de las actividades más útiles y placenteras de la vida.

¿Y cómo no dedicar un día o dos del año, por lo menos, a la fiesta del trabajo, que es universal, que a todos beneficia? ¿Acaso la toma de la Bastilla o la fuga de Mahoma a Medina, por ejemplo, importan más al mundo que el hecho sencillo y trascendental del obrero desconocido que hace más de tres mil años arrancó a las rocas el petróleo, ese poderoso combustible, creador de progreso?

Ante la gratitud de todos los hombres, ¿quién importa más, Napoleón vencedor en Austerlitz o los indefensos primitivos que hallaron en la soledad de los bosques el fuego, creador de las industrias; o el inventor del telar, creador de las nobles ocupaciones de las mujeres honestas; o el inventor de las flechas, que dió a los inermes la primera arma defensiva y de dominio sobre los brutos; o el inventor de la canoa, que inició al hombre, con el dominio de las aguas corrientes — esas poderosas creadoras de civilización—en el dominio de la tierra; o el oscuro labriego que hace más de siete mil años añadió al corvo arado la piedra de sílex y con ella roturó la tierra, aereó sus entrañas fecundas y convirtió al nómada en agricultor; o el que hace seis mil años coció la tierra húmeda e hizo el ladrillo y con él creó la casa estable, como quien dice, la ciudad? ¿Y quién fué aquel genio benemérito que inventó la rueda, artefacto humilde, creadora de la mecánica y por consiguiente, de esas poderosas máquinas que hoy nos maravillan?

¿Quiénes fueron estos distantes obreros civilizadores? ¿Cómo se llamaron? ¿De qué país salieron? Esto lo ignorará siempre el mundo, porque ellos, como todos los verdaderos hombres de progreso, trabajaron para una humanidad que no verían, que de ellos nada sabría. ¡Seres benéficos y magnánimos, tan útiles como el sol que nos alumbra, como la tierra que nos sustenta, incorporados ya definitivamente a esas fuerzas naturales de cuyos beneficios disfrutamos todos los días, aun cuando no nos preguntemos de dónde ni cómo vienen!

No en balde los antiguos, tan sabios en sus cosas, juzgaron las hazañas de estos bienhechores como propias de los dioses y vincularon sus recuerdos a sus encantadoras y sugestivas leyendas. Para ellos, las jornadas del trabajo en lo que se refiere a

la invención de los utensilios y al descubrimiento y dominio de las fuerzas de la naturaleza, fueron jornadas de dioses o dignas de los dioses, de los seres superiores. Por eso es un titán, Prometeo, quien se apodera del fuego, y es considerado Hércules por sus hazañas como un semi-dios; y el dios Vulcano honrado se siente con ser herrero y es su fragua un poderoso símbolo de rebelión; el manejo del arado, a los hombres lo enseña un dios marino, Neptuno. A tal punto se engrandeció a los ojos maravillados de los antiguos la fundición de los metales, que no juzgaron humana la obra que salía de las manos callosas del herrero o del forjador y creyeron que de los cielos había descendido el hierro, ese vulgar metal que tan útil ha sido en la historia progresiva del hombre.

En todo esto veo la santificación del trabajo manual que crea las industrias, seca los pantanos, construye las ciudades, aerea los campos roturados y conquista los metales.

Los modernos aceptan el trabajo como una maldición insoportable. Para los antiguos era una honrosa actividad, no desdeñada ni por los príncipes. Los héroes homéricos, Ulises y Aquiles, para citar dos, son hombres inteligentes e industriosos a la vez. Cuando Ulises regresa a Itaca se halla al anciano rey Laertes encorvado sobre el surco, cultivando, hasta hacer llorar a su hijo, el huerto de la familia; y la princesa Nausica no se avergüenza de ir al río, a lavar con sus criadas las ropas reales.

En estos personajes no existe el divorcio entre la inteligencia y la mano. Esto de mirar con desdén el trabajo de las manos y a quienes honradamente de él viven, es un prejuicio de las gentes letradas, prejuicio del cual no se escaparon ni los griegos contemporáneos de Sócrates. En nuestras democracias está profundamente arraigada esta superstición: son muchísimos los que sienten vergüenza de encallecerse las manos o de ponerse el mandil del trabajador. Habrá que hacer muchos esfuerzos para persuadir a los padres, aun los más rústicos e iletrados, de que no es deshonroso para sus hijos ganarse el pan con el esfuerzo de los músculos y que bajo la gorra del obrero puede palpitar un noble entendimiento que piensa y crea.

El trabajo se ha hecho aborrecible desde que el capital lo esclavizó convirtiéndolo en objeto exclusivo de explotación. El día en que el trabajo rompa las cadenas del capital acaparador, codicioso y cruel, saldrá de su tristura y envilecimiento, para convertirse en la fecunda y alegre actividad que antes fué.

Los trabajadores de nuestro tiempo no saben estas cosas ni las comprenden. Yo creo que los valores tradicionales se revisarán con los años, a medida que se estudie y se reflexione más, y entonces muchos de los cultos oficiales de la actualidad, por ficticios y nocivos caerán; para dar campo a otros cultos más naturales, más hermosos y más justos.

* *

Tendamos la mirada en otra de las direcciones de la historia proletaria: la que se refiere a las conquistas de la clase obrera en el terreno de la emancipación integral. ¿Qué vemos? Una vía dolorosa, sangrienta, trajinada por una multitud de mártires de la libertad, desconocidos casi todos ellos, de los que no se hace mención en los textos oficiales de historia—iluminada a trechos por sucesos importantes—algunos equivalentes a conquistas definitivas en lo que a la libertad atañe, otros como voces de aliento y de esperanza que salen del pretérito y que ya se oyen resonar victoriosamente en el futuro. Veréis entonces desfilar en la Irania antigua al herrero Kahueh en noble reivindicación proletaria; conoceréis el régimen doméstico de los patriarcas bíblicos; sabréis de los profetas hebreos de hace veinticinco siglos, los primeros y formidables oradores de la cuestión social; veréis al magnánimo Cinadón, empeñado en redimir a los ilotas de Esparta, hasta pagar con la vida su temerario y generoso intento; sabréis cómo hacían el trabajo libre los artesanos de Atenas, cómo el esclavo romano se convierte en propiedad que produce y que hay que conservar mientras sea joven y fuerte: el avaro patrón de Roma anticipa en muchos. siglos el prejuicio nocivo de los modernos patrones, de que el obrero es una máquina que a cambio de un salario hay que explotarla hasta dejarla sin vida; veréis a los plebeyos romanos—Espartaco, entre ellos—en huelga, sembrando el espanto en los orgullosos patricios; a los rebeldes labriegos de la Europa feudal; a los insurrectos campesinos de la Germania del siglo XVI; a los obreros del siglo XVII, asociados ya en lucha de clase contra los patrones; sabréis de la exigencia de más altos salarios en el siglo XVIII; veréis al obrero inventor de máquinas y utensilios frente al capitalista codicioso del siglo XIX, a las máquinas admirables reemplazando el trabajo de los obreros; a los operarios franceses sublevados en 1831 contra los atentados de las máquinas y de la gran producción; conoceréis los propósitos emancipadores de la Asociación Internacional de Trabajadores fundada en Londres el 28 de setiembre de 1864: ¡fecha memorable!; conoceréis de los sindicatos y cooperativas, hoy tan poderosos; de la huelga como forma de reivindicación, veréis por fin a los valientes comuneros del 70 en París y a los trabajadores de Norte América que proclaman ante los del mundo el 1º de Mayo como la Fiesta del Trabajo.

Señores:

PARA el trabajador centroamericano el 1º de mayo es doblemente significativo en lo que importa a su condición de hombre y artesano. En un día como este, hace 56 años, el filibustero yanqui desistió de su primera tentativa de conquista armada del territorio que nuestros mayores nos heredaron. Y de entonces acá el 1º de mayo destaca en el horizonte de nuestra historia como una estrella luminosa solitaria que advierte a las generaciones nuevas que la libertad tiene sus eclipses y hasta sus ocasos, que debemos estar alerta, porque detrás de los montes nativos aletea el águila de la rapiña extranjera y que si bien no llega al son de tambores y clarines, resplandece en el oro de las monedas y a paso lento se adueña de las conciencias de los políticos corrompidos, y legalmente, de nuestro territorio. No os extrañe que os hable de defender con valor la posición geográfica que como hombres nos ha tocado en este mundo terrenal, en este día que es el de la solidaridad internacional de los trabajadores, sin distinción de opiniones políticas, religiosas, etc. Pero es lo cierto que en estas rapiñas internacionales, en esta despropiación injusta que hacen los fuertes del territorio de los débiles, no es la conciencia obrera la que los autoriza o en ellos participa, sino la codicia sin límites de los capitalistas propios y extraños y de los políticos sin escrúpulos que de lacayos les sirven.

Por lo demás, el cariño al suelo en que nacimos providencialmente es una

REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO de cultura hispánica.
De Filosofía y Letras, Artes, Ciencias y Educación, Misceláneas y Documentos.

Publicado por
J. GARCIA-MONGE
Apartado 533
SAN JOSÉ, COSTA RICA, C. A.

ECONOMIA DE LA REVISTA

La entrega	¢	0.50
El tomo (24 entregas)		12.00
El tomo (para el exterior)	$	3.50 oroam.
La página mensual de avisos (4 inserciones)		20.00 » »

En el contrato semestral de avisos se da un 5% de descuento. En el annal, un 10%.

forma de amor a la humanidad, de contribución de un país al mejoramiento mundial, porque a ello directamente servimos cuando limitamos nuestras fuerzas y anhelos de progreso al grupo de conciudadanos que puede oirnos o seguirnos. Además, la obra del avance humano hacia una saludable redención no puede hacerse de un golpe, por un acuerdo espontáneo de todos los hombres: es la obra de pequeños grupos, de la propaganda tenaz por largos años y dentro de los límites familiares del país, de la ciudad, de la aldea en que nacimos. El amor a la humanidad, en el amplio sentido de las prédicas, de puro extenso se diluye y no pasa de una amable intención.

Hagamos lo posible, pues, por engrandecer a Costa Rica, a Centro América, que es lo que tenemos a mano; que nuestro vecino tenga casa confortable, libro que leer, deleites artísticos baratos en las horas de descanso, auxilio cariñoso en los días de enfermedad, de vejez o de infortunio, campos libres que recorrer en los días primaverales, libertad de pensamiento, asociaciones mutuas de apoyo y engrandecimiento y, sobre todo, señorío de la tierra que pisa. Porque sin este señorío del suelo nativo, en balde se hacen, a mi juicio, esfuerzos colectivos por la reivindicación de otros derechos. Porque el derecho fundamental y primario es el de habitar, el de ser el dueño de la tierra en que se vive; si dejamos que hombres o instituciones codiciosas lo acaparen para su particular beneficio, si vemos impasibles que el conquistador forastero poco a poco la compra, si nada hacemos por conservarla ante todo y cultivarla después, estamos perdidos, en camino hacia la peor de las esclavitudes, la del proletario que no pasa de ser un mero inquilino en la tierra de sus padres. Esto es una amenaza y una vergüenza. Si el 1º de Mayo, si la Fiesta del Trabajo debe serlo de reflexión y de recogimiento, meditemos sobre esta gran temeridad: La concesión que estamos haciendo a la codicia extraña de las tierras heredadas de nuestros mayores, las mismas que ellos noblemente supieron defender hace 56 años y las que estamos obligados a conservar y a hacer productivas — mediante colonias agrícolas—para sustento y riqueza de propios y foráneos y garantía de nuestra libertad amenazada, porque un pueblo que pierde el señorío de su tierra no puede ser un pueblo libre, desde luego que el suelo que pisamos es el que nos da la firmeza, el sustento, la independencia y la alegría. De modo, pues, que el 1º de Mayo será para vosotros un doble símbolo de redención.

Pasemos ahora a la trascendencia solidaria y mundial de la fecha que hoy festejamos como la del Trabajo.

Fueron los operarios yanquis quienes iniciaron en 1886 tal fiesta con estas palabras:

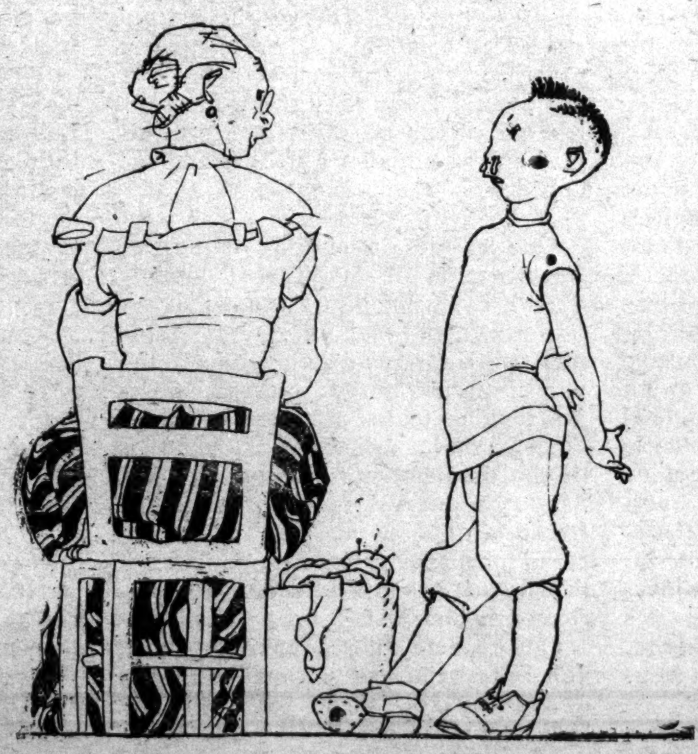
A partir del 1º de Mayo de 1886 ningún obrero trabajará más de 8 horas al día: 8 de trabajo, 8 de reposo, 8 de educación.

Los trabajadores de Europa acogieron esta proclama con entusiasmo: la Liga Socialista de Londres organizó su primera demostración en 1890, en el Hyde Park, a manera de protesta de los trabajadores británicos contra las explotaciones opresivas del capitalismo. En el 89 el Congreso Socialista Internacional de París imitó estas rebeldes iniciativas. ¡De entonces acá cuánta sangre proletaria ha costado la celebración del 1º de Mayo en los Estados Unidos, Francia e Italia, porque el anuncio de las jornadas de 8 horas llenó de espanto a los detentadores de la riqueza y a los gobiernos, sus obligados defensores! ¡Cuánto han preocupado a las clases dirigentes de Europa y América estas paradas, sin galones ni cornetas, de proletarios silenciosos y, sin embargo, temibles! ¿Y eso por qué?, me diréis.

Es que la proclama de los trabajadores yanquis, si los obreros del mundo llegaran a realizarla, cambiaría el aspecto de la vida social y económica de nuestro tiempo. Porque esa proclama implica una triple revolución: económica, higiénica y educativa. Ocho horas de trabajo, como quien dice un dique poderoso puesto a la codicia del patrón insaciable, que desearía que sin descanso trabajaran sus máquinas y los obreros que las guían. Ocho horas de descanso, lo bastante para reponerse de todas las fatigas, renovar los entusiasmos y los bríos y retornar a la fábrica, no como un desecho soñoliento, sino alegre y bien dispuesto. Ocho horas de descanso, de modo que la vida proletaria sea más sana, menos triste, más larga.

Ocho horas de cultura espiritual, tantas como para ocuparlas en las nobles disciplinas del estudio y del arte. Ocho horas diarias de estudio proletario que en sí bastarían para trasformar el mundo. Estudio quiere decir reflexión, amplitud de horizontes y aspiraciones en la vida, comprensión más profunda y clara de la naturaleza y de sus fuerzas y de las relaciones sociales; estudio quiere decir propósitos de ennoblecimiento, de mejora en las costumbres personales. El estudio, la intimidad del arte asociado al trabajo libre, surtidores de idealismo, que llenan la vida de encanto y la hacen más bella y pasadera. Hacen que el obrero se estime más, que sea más limpio, más ordenado, más amigo de embellecer su existencia, de hacer el hogar más confortable; más lo encariñan con las máquinas, a las que comprende mejor y con más acierto maneja.

El estudio trae consigo la emancipación de la inteligencia, que de todas es la suprema emancipación, porque ella ilumina la oscuridad en que uno vive, siembra las dudas en el espíritu, crea la inquietud del progreso, indica el rumbo nuevo que debemos tomar, desembaraza el trayecto erizado de dificultades; el estudio nos da la comprensión de las ideas ajenas y nos hace tolerantes con ellas, cuando por algún motivo no concuerdan con las nuestras; es el creador de una opinión pública inteligente en los países. El estudio es lo que daría a la clase obrera la conciencia clara de sus antecedentes sociales y de los destinos que le corresponden; el estudio acabaría con



Por García Cabral

—Mira cuánto catarro tengo, mamá...
—¿Y qué haces que no te suenas?
—No tengo mangas, mamá.

(*Excelsior*, México).

muchos de los fanatismos proletarios, jacobinos o clericales, que para mí, son lo mismo. Y mientras los fanatismos subsistan, la ciencia renovadora no se abrirá paso entre las masas, y los gobiernos en ellos hallarán el justificativo que mantiene muchas supersticiones perjudiciales en la escuela y en las instituciones. Así pensaba Renán.

A propósito de esta trascendental jornada de las **8** horas de educación, recuerdo una anécdota de un terrateniente español en Chile. Voy á referirla: Mantenía en su finca a centenares de inquilinos, carne sufrida de explotación agrícola. Los hijos de estos inquilinos eran muchos y vagaban como animalitos por la hacienda. Un día le dije: «¿Por qué no abre una escuela para estos niños?» (1) «¡Escuela!, exclamó sorprendido. ¡No me diga! Si estas gentes cuanto más brutas más trabajan! Enseñe Ud. a leer periódicos a los obreros y ya los verá Ud. descontentos, pidiendo aumento de salario y disminución de trabajo».

Esta declaración es monumental y no tengo para qué comentarla. Es ella la que justifica la actitud de todos los despotismos, civiles o religiosos; los despotismos fomentan la ignorancia, que es la madre de las servidumbres. El estudio, el impreso barato y de libre circulación, la escuela, la conferencia son sinónimos de malestar, de rebeldía contra las cosas tal como están. Por lo mismo, que el trabajador no disfrute de ellos. Así reflexiona el despotismo y es preciso entender de una vez que no es posible la libertad política, si no existe la de la mente: los pueblos mudos de palabra y de entendimiento son carne de servidumbre al capricho de un vulgar tirano. Sin ir muy lejos, para poner un ejemplo, la independencia política de nuestra América fué la obra de los hombres más cultos de entonces. Y no podía ser de otro modo; los libertadores de pueblos tienen que ser los más instruidos, porque es el cultivo de la inteligencia el que amplía el horizonte de las aspiraciones y sacude el yugo de todas las opresiones. Así lo han comprendido los conductores de las clases proletarias. Y de todos vosotros es conocido el empeño del liberalismo por democratizar la enseñanza, por facilitar de mil modos a los jóvenes de todas las clases sociales, las ocasiones de instruirse gratuitamente, de mejorar la condición en que viven.

Este primero de mayo no es para jolgorios y francachelas, al contrario, es para recogerse y meditar; es el día de la acción directa, de la organización de las fuerzas obreras, del propio mejoramiento; en este día las filas artesanas del mundo se manifiestan simultáneamente, y con ello se quiere demostrar que son poderosas, que sus opresores deben temerlas; en este día los trabajadores deben convencerse una vez más de que el pensamiento y la voluntad de los obreros manuales en lo futuro no debe delegarse a otros (Congresos, candidatos, p. ej.) sino conservarlos entre ellos. Entiendan esto bien, ahora que las sirenas de la política inician su farsa tradicional; y ya que de esto hablamos, recojan y mediten esta página saludable del gran venezolano Cecilio Acosta:

«Da lástima en países como estos, llamados por sus dones naturales a aprovechar la fecundidad de su suelo y las invenciones de las artes, ver que sólo se presenta al escenario segunda, tercera y ulteriores ediciones de la misma obra teatral de nuestras parcialidades impenitentes, que se contentan con verse un día vestidas de farándula, para ir al siguiente a la platea a ver representar a sus contrarios, a quienes preparan su próxima caída, sin más provecho en todo esto que una ridícula farsa y no con poca frecuencia una sangrienta tragedia. Da indignación mirarlas ensañarse las unas contra las otras, enrostrarse los mayores crímenes y tratarse como enemigos irreconciliables, fuera del campo de la doctrina, fuera de la justicia histórica, y contando con el pueblo ignorante, al cual se le inocula la saña para que se ensañe también. Da vergüenza que aparezcan como hipócritas los que no practican en los negocios lo que predican en la prensa, y como farsantes los que preparan astutamente su comedia para engañar a un público embobado».

Que sea este día el de la Pascua de Resurrección de los Trabajadores y que así como los jugos renovados de la tierra cubren ahora de esmeralda nuestros campos antes mustios, y llenan de tiernos brotes, olorosas flores y sazonados frutos los ramajes antes escuetos de los árboles, y así como las lluvias descienden sobre los sedientos llanos y montes y todo lo bañan de frescura, que en vuestras almas florezca toda una primavera de buenos propósitos, prometedora de un otoño rico en hechos benéficos.

Que en este día sea vuestro primer anhelo trabajar por el mejoramiento de vuestra clase social y con ello habréis trabajado por el de Costa Rica. Que la asociación entre vosotros continúe, ya que la fiesta que hoy os congrega es un síntoma halagador de que podéis marchar unidos. Que se multipliquen los gremios y con ellos los lazos firmes de la solidaridad obrera. Que sean incontenibles vuestros anhelos de estudio; dad una acogida cariñosa y protectora al impreso que os deleite instruyéndoos, al arte que os ennoblezca y os regocije, al conferencista que os instruya. No lo olvidéis, sin el estudio, sin el cultivo de la inteligencia poco progresaréis.

Recordemos en este día algunos de los artistas que han dignificado en sus obras el trabajo proletario: al divino Hesiodo de la Grecia antigua, que indica sabiamente cómo la observación de la naturaleza es la que guía con más acierto los trabajos del agricultor, que os aconseja, adelantándose en muchos siglos a los actuales pensadores de la renovación social, que os apartéis de las nocivas discusiones de la plaza pública. Al dulce Virgilio, que os enseña amablemente cómo debéis cuidar las abejas laboriosas, y exalta hasta los cielos la magnífica independencia de los labradores; a Emilio Zola, en cuyas novelas desfilan los obreros con los contornos de cíclopes; a Withman y a Hugo, esos dos formidables vates de la democracia; a Millet, el admirable pintor de las faenas rurales; a Meunier, ese prodigioso creador de arte proletario, que halló cómo también es bello el gesto de los segadores, en el mismo mármol que inmortaliza el gesto de los dioses; al catalán Clavé, el creador de las sociedades corales obreras; a la señora Beecher y a Tourgueneff, que tanto influyeron con las revelaciones desgarradoras de su *Cabaña del Tío Tom* y de los *Relatos de un Cazador*, en la emancipación de los esclavos negros y siervos rusos del pasado siglo.

Recordemos también en este día a los apóstoles de la redención obrera: a Agrícola Perdigier, el gran promotor de la unión de los obreros, para que se alejen de los desgarramientos, las intrigas y los chismes de parroquia, que tanto los aislan y detienen en su progreso; a Luisa Michel, la heroica Virgen Roja, desvelada siempre por la suerte de los oprimidos; a Ruskin, preocupado porque los obreros y obreras de Londres tuvieran buenos libros, morada confortable y abrieran sus almas a las ennoblecedoras emociones del arte; al viejo Tolstoi, que

(1) Advierto que en Chile no era entonces (1901) obligatoria la enseñanza.

hizo suyas las desventuras de los campesinos que sufrían en torno suyo; a Kropotkine, ese poderoso anciano, sombra protectora de los oprimidos de la tierra y a tantos otros que sin las altas dotes de estos poseyeron, hasta el sacrificio, el valor y la constancia. A Eliseo Réclus cuya vida ejemplar estuvo siempre al servicio de la clase proletaria y el que desde la tumba os repite esta sentencia definitiva: «Los oprimidos no hallarán libertadores fuera de sí mismos». Quiere esto decir que los progresos de toda índole que ocurran en vuestra clase deben ser de iniciativa vuestra, sustentados y robustecidos con los empeños asociados de vosotros, sin contar con intermediarios extraños. Desechad, pues, esa peligrosa ilusión parlamentaria, de los que os halagan las orejas diciéndoos que con leyes del Congreso obtendréis becas para vuestros hijos en el extranjero, protección contra los accidentes del trabajo y hasta una casa del pueblo para que en ella vayáis a discutir vuestros intereses, antagónicos en la mayoría de los casos con los de la minoría dirigente (la Cámara inclusive). Recordad que el Congreso ha decretado dos veces, si no me equivoco, la creación de una Escuela de Artes y Oficios para vuestros hijos. ¿Existe? No deis oído a los ardides de sirena que emplean los politicastros para que les aseguréis con vuestros votos una posición ociosa y decorativa en el Congreso. Entre los valores tradicionales de la política que tendréis que revisar en lo futuro y echar abajo, está esa desastrosa superstición parlamentaria y democrática.

Que sea objeto de vuestro estudio y meditación la vida y la obra de estos vuestros amigos verdaderos, —artistas, inventores, pensadores —que a la distancia en el tiempo y en el espacio, os reconforten con sus enseñanzas durables y saludables. Que salgáis de aquí propuestos a estudiar la Historia del Trabajo en las dos direcciones de que os hablé al principio. Sin este estudio careceréis de tradición, como quien dice, de apoyo, de estímulo, de guía, de ejemplo que imitar o desechar, caminaréis a tientas en un presente que no os explicáis, hacia un futuro más incierto aún.

Y convertid en hechos vuestros propósitos de mejora. Recordad que el infierno está empedrado de buenas intenciones; con ello os digo que éstas no bastan para luchar como buenos; es preciso que las realicéis; haced vuestra vida de proletarios más alegre y más sana, saliendo a nuestros bellos y luminosos campos en los días de fiesta. Allí leed a Réclus y él os enseñará a comprender las bellezas del arroyo y de la montaña, las profundas enseñanzas que la Naturaleza presenta a la consideración inteligente de quienes la estudian. Esto, por otra parte, sería una amena cultura del patriotismo, ya que sólo conociendo, recorriendo nuestros campos natales, aprendemos a amarlos. Además, con ello continuaréis la tradición de nuestra raza: los antecesores griegos ennoblecieron el cuerpo, lo cultivaron para que fuera bello, escultural, sano. Considerado como un don divino, el cuerpo humano debe ser naturalmente la morada de un espíritu magnánimo. Las excursiones campestres os pondrían en contacto con el campesino, cuya conciencia oscura hay que iluminar: naturalmente alejado de los negocios espirituales, sin los anhelos ni las inquietudes del que desea mejorar, arrastra una vida sórdida, sin ideas, triste. ¡Cuanto se haga por dignificar, por embellecer su vida es un bien para el país y para la libertad humana!

Asociaos para hacer vuestras casas bonitas, higiénicas y confortables, ya que en ellas pasaréis casi todas las horas del estudio y del descanso. Asociaos para discutir los asuntos que os interesan como ciudadanos y como obreros y haced las mejoras por vuestra propia cuenta, a medida de vuestras fuerzas, sin esperar auxilios de intervenciones extrañas que os cobrarán el ciento por uno.

Haced vuestro calendario de trabajadores y que entre los días del año

LA COPLA ESPAÑOLA

Dibujo de FEDERICO BELTRÁN

(*Comoedia*, París).

fijéis los que más os convengan para dedicarlos al culto del Trabajo: deberes de gratitud tenéis para los que han inventado nuevos aparatos que facilitan el trabajo de vuestras manos; para los que han descubierto y domado las fuerzas naturales que centuplican el fruto de vuestros esfuerzos; para los que han muerto gloriosamente en las jornadas de la libertad proletaria; para las trágicas víctimas del trabajo campesino y urbano; para los pensadores que os han señalado en sus escritos el camino de vuestra redención; para los artistas que sintieron las nobles actividades del trabajo y las inmortalizaron en la novela, el cuento, el lienzo, el mármol; leer sus libros, estudiar sus obras, recordar su vida, meditar sus altos pensares; todo esto puede serviros de estímulo para asociaros en fiesta pública. Sin olvidar a vuestros niños, a quienes debéis festejar, para que vivan contentos y sanos y puedan a su debido tiempo, recoger la herencia de belleza y libertad que les leguéis.

Reconforta ciertamente ver asociadas a vosotros en este día, como en los demás del año, a vuestras valerosas compañeras. ¡Qué sean bienvenidas! Ellas lo merecen; su sexo solo es ya una garantía para que de hecho y definitivamente las incorporéis a las fiestas del trabajo. Creo que el trabajo como actividad creadora que se convierte en un hábito fecundo y placentero, a las mujeres se debe. Han sido ellas las iniciadoras de la agricultura y de las formas primitivas del trabajo: el casero, el que se hacía en familia, como lo vemos entre los patriarcas de la Biblia o en las páginas encantadoras de La Odisea.

Al paso que el hombre primitivo se dedica a la cacería, a la pesca o a la guerra sanguinaria, o al ocio placentero, sus resignadas compañeras son las que trabajan; son las que mantienen en el hogar la brasa encendida, la brasa bienhechora, de la cual saldrá con el tiempo la fragua, la fundición de los metales, la creación de las industrias, la formación de la ciudad, de la civilización, en una palabra; son las que cardan las lanas, las que estimularon la invención del telar y con él los vestidos; de la estufa y con ella la cocina, es decir, la salud, el regocijo del alimento, la vida familiar y social, el hogar, el matrimonio, que es sacrificio, en un solo término.

Es la mujer la que fija en la humana especie los hábitos de observación que el trabajo bien hecho implica y que desarrollados en el hombre han sido el semillero de in-

venciones y descubrimientos útiles, emancipadores. Si así lo entiende la Biblia, cuando atribuye al pecado de la primera mujer en el paraíso la maldición del trabajo, bienvenido el cargo que se le hace. El mundo debe a esa pecadora la civilización de que hoy disfruta.

Creo que más en lo justo y en lo sensato estuvieron los pueblos antiguos—cuya herencia es nuestra de orgullo nos llena—al personificar en una mujer—Demeter—a la diosa de la civilización y de la agricultura, esa honrosa, noble e inteligente actividad que convierte al nómada en un ser estable, con casa, hijos, ciudad, riquezas e independencia. Del Trabajo (un herrero) y del Amor (una linda diosa), según los antiguos, nacieron el fuego y el matrimonio, como quien entiende, el hogar y la familia. No en balde todos los tiempos han considerado a la mujer el guardián de la casa, que conserva el fuego familiar y cría los hijos. ¡Santa misión!

Y una mujer también—Proserpina—hija de Demeter, en el mito griego, es la que simboliza—según unos—la Primavera, la diosa radiante que esmalta de florecillas los campos antes yertos y desatalos arroyos bulliciosos y benéficos, antes cautivos.

Pues bien, que desde este 1º de Mayo, todas vosotras, mujeres proletarias, os alcéis sobre el suelo de la patria como nuevas y radiosas Proserpinas, que de los cielos descendéis a confortar las almas de vuestros esposos, de vuestros hijos, de vuestros hermanos, de vuestros novios, hasta romper ese hielo de indiferencia y de pasivismo que en todas las cuestiones—de preferencia en las sociales—mantienen el espíritu obrero yerto y sin vida. Imponeos esta obra sagrada y habréis servido como buenas a los intereses de vuestra clase, los de Costa Rica y los de la humanidad.

gm.

Si sé que me amas...

Si sé que me amas, qué importa la ausencia!
Si hemos de querernos como y donde estemos,
sabiendo que nos queremos
sabemos toda la ciencia:
ciencia para buscarnos,
ciencia para encontrarnos
y para siempre amarnos.

Egoísta sería,
y señal de falsía,
si en la ausencia de un día
se amenguara nuestro sereno lucero,
y no pudiéramos ver con alegría:
tú, que yo siempre te quiero;
yo, que tú eres siempre mía.

RAFAEL ESTRADA

Costa Rica, Octubre de 1922.

Del movimiento postumista hispanoamericano

EL POSTUMISMO Y LA MUSICA

El poeta postumista no debe aspirar sólo a ser un buen versificador ya que para él la versificación regular no existe. Y aunque para el poeta postumista del presente es una ventaja este adorno fonético, mientras la irregularidad métrica no flote en el ambiente de su época, para el del futuro será tan sólo necesaria la enjundia de la personalidad, respetable requisito inconcuso para sentir armónicamente y crear.

No es extraño que en un trabajo de música en poesía no os hable de metros. Modernas investigaciones han demostrado el origen irregular de la versificación castellana. Además, el verso isosilábico periódico y el rítmico asonantado dejaron el paso libre al verso postumista, caballo sin bridas que monta la emoción. Quién sabe si por eso, por ser sin bridas, es que los ginetes de nuestro verso son tan escasos. La música del verso postumista no puede ser medida, en cambio, sí, pesada. Pesada, porque la emoción es vibración y la vibración es energía. Energía sutilizada. Materia en movimiento.

Dando lugar la emoción pura al esqueleto musical del verso postumista, la armónica general de una composición estará siempre regida por la armonía unipersonal anímica del yo, pues cada diapasón temperamental humano está en mayor o menor grado de afinamiento de conformidad con la escala acromática universal.

El esquema de una pieza poética está ligado a la psicología del motivo de ella, al ambiente y al temperamento del autor, al cacúmen de su orientación filosófica y al móvil psicológico intencional de los procedimientos que la integran. El corte de los versos debe ser dado en armonía con el compartimiento de los acentos. Su enllavamiento debe ser suave a las delicias del alma, rudo y grave a los chorros de sangre y al noble desgaste del espíritu.

Nuestro verso no es el colosamente amétrico de Walt Whitman, nacido para llenar la necesidad local de una época, ni el de los versolibristas franceses en castellano, Lugones, Rubén Darío, Huidobro y Jaimes Freyre, hecho para asombrar la masa letrada de media centuria. Nuestro verso es el resumen ideológico de las épocas pasadas y futuras. El camino para llegar a él fué la labor rítmica de Moreno Jimenes, partiendo de la poesía rítmica castellana.

Don Federico García Godoy en los tres artículos que ha hecho sobre el postumismo, demuestra una lamentable incongruencia imperdonable en un crítico de talla continental. En uno de ellos nos proclama una base lógica sobre los ismos y nos vaticina de carentes de musicalidad. En otro apercibe «aunque levemente, el acento emocional de que habla Moreno Jimenes» y nos descarta como escuela. Esto puede atribuirse, como dijera nuestro crítico Zorrilla, a debilidad, falta de documentación o defecto fisiológico del ilustre crítico, cosa de que no tiene culpa el postumismo. Es natural que despojada nuestra poesía de los harapos de la métrica y la rima, fuese un campo abierto al pensamiento y la emoción tanto tiempo mutilada y viniese a llenar los vacíos que han existido en el arte desde la Grecia antigua hasta nuestros días. Se comprende, que siendo nuestra poesía intensamente psicológica, sea la emoción la única encargada de musicalizar a inconciencia del poeta. Por eso, mientras el soplo poético del autor no dé para crear belleza subsconciente, la musicalidad de sus producciones será deficiente. Es decir, que pretender musicalizar en nuestro verso, es un fracaso, mientras quien tal intente no esté completamente imbuído de nuestras universales tendencias y no esté en plena posesión de eso que sólo se encuentra a fuerza de buscarse a sí mismo.

ANDRÉS AVELINO.
(Dominicano).

ESTADOS DE ALMA

II

Si esta brisa que estremece las hojas de las [plantas
tuviera la virtud de decirme
todas las palabras que en secreto dice,
y todas las quejas que en secreto lanza
y si este camino
que huella la estulticia más burda
fuera
un cristalozo manantial
entonces yo pondría mi frente
sobre la limpidez del agua
y me pondría a soñar.
Un carro podría aplastarme
o un mediocre podría de mí reirse;
pero mi barca traspondría el mar,
y allá

donde ella tal vez sueña, suspira
y recuerda
me iría a dormir por siempre jamás.

D. Moreno Jimenes
(Dominicano)

PAISAJES

II

Traen a vender carbón a mi puerta.
Un mozo se inclina con los ojos tristes
y ofrece el fruto de sus desconsuelos y su
[pan amargo.
Me sirven las tortas en un plato limpio,
y mientras trincho, pienso;
medito y escucho
risas y cantares que se van perdiendo,
como espejismos en un mar ignoto,
insensiblemente,
insensiblemente en la fresca mañana.
Enmudece todo,
y todavía me parece que se expresan
en el mundo sidéreo donde habitan
los que han vencido el barro.
¿Tendré comunión con algún medium?
(Mentira: esto de más allá y de infinito
no son más que traidoras esperanzas).

D. Moreno Jimenes

FRAGMENTOS

I

A paso largo asciendo la colina,
con detrimento de mis zapatos
pero no de mi espíritu;
delante: aire, campo, sol;
detrás:
zarpazos de fango manchando la seda de mi
detégome: [traje;
abajo,
la ciudad es una mandrágora:
allá... lejos...
el mar es el mar;
y aquí,
yo, soy yo.

II

Mañana de jueves con su faena.
Mi madre almidonando sábanas de percal
que luego va tendiendo
sobre la empalizada.
Yo que la sigo prendido de su ruedo,
contemplándolo todo
sin decir algo.
En el campo, flores,
en el cielo, nubes.
No tengo todavía la edad de la razón.

III

Anoche me visitó horrible insomnio.
Mi camastro fué un lecho de pensamientos
La calma de la noche [grandes.
me hizo palpable la futilidad de la vida.
Sentí miriametrada la maldad de los hombres
y el cosmos me pareció más pequeño
que un grano de anís.

Andrés Avelino.

ESTABILIDAD

Yo he sido siempre sereno
y he aprendido a ser impasible,
ni el mosquito que sinfoniza en mi oído
ni el ruido del cañón
me exaltan.
Para mí,
es igual,
la luz que la sombra;
el mal y el bien
yo no sé si sólo son palabras;
la verdad y la mentira, me parecen
dos máscaras recíprocas.
Mi armonía es una armonía más alta o más
[baja que todas las demás.
El triunfo y la gloria, el dolor y la dicha,
ya!
no me importunarán.
A veces,
en momentos profundamente psicológicos,
constato que la sensibilidad es una farsa.
La mutabilidad de la forma no me
[impacienta,
y aquello de eternidad me tiene sin cuidado
desde cuando estoy seguro que ni una nube
[podrá alterar mi paz.

Andrés Avelino

PROFESION DE FE

Cansado de alambicar mi arte y mi vida,
aspiro a simplificar mi vida y mi arte;
quiero realizar este milagro sin reducir
mis desequilibrios, ni suprimir mis calcinomas interiores;
hacer la cifra sin contarla;
tener lo mismo:
uno,
cien,
mil,
que un millón o nada;
vivir cerca de los animales, y muy lejos
de los hombres;
tener por música, la música del mar, la
música de las estrellas y la música de mis
clavicordios interiores.

Vigil-Diaz
(Dominicano).

Antes de que se marche Einstein

Propuse ayer en el Ateneo que el Gobierno invitara al profesor Einstein a presidir una delegación española encargada de preparar, observar y estudiar después los resultados obtenidos en el próximo eclipse total del sol, visible en una amplia zona de México el día 10 de septiembre de este año.

Así se daba forma adecuada al oportuno y plausible ofrecimiento hecho en la Academia de Ciencias por el ministro de Instrucción Pública, Sr. Salvatella, con general asentimiento de todas las personas cultas.

El profesor Einstein quedaría durante un año (no menos) al frente de un grupo de investigadores de nuestro país, de los cuales tiene, seguramente, el más alto concepto; le ofreceríamos ocasión de dirigir los trabajos necesarios para comprobar una de las deducciones fundamentales de su doctrina, y prestaría a los nuestros el inmenso servicio de familiarizarles con sus geniales medios de investigación. La ciencia podría adelantar mucho terreno, y España adquirir sólido prestigio científico.

No hay que olvidar que están en territorio mexicano los lugares mejores para la observación del eclipse. México cuenta con valiosos hombres de ciencia. Tuve la satisfacción de intimar en las últimas asambleas internacionales de Astronomía, de Geodesia y Geofísica, en Roma, con la delegación mexicana; quedé prendado de la profundidad de sus conocimientos, de la sencillez y caballerosidad de su trato. Seguramente entre nuestros colegas de México y en las esferas de su Gobierno, la caravana española, con Einstein al frente, merecerá la más fraternal acogida y el más decidido apoyo; ¡es posible que en las tiendas del prestigioso campamento de observadores floten juntas la bandera española y la bandera mexicana!

En todos los países se hacen grandes preparativos para observar el eclipse del 10 de septiembre; irán legiones de sabios a la zona mexicana y a California; el plan científico abarca muchas cuestiones de importancia; pero la observación de más trascendencia, la que todos persiguen con verdadero empeño, es la que se refiere a la desviación de los rayos de luz por la acción gravitatoria de la masa solar, que puede proporcionar una prueba decisiva de la doctrina de Einstein.

Y los sabios astrónomos del mundo entero se afanan por conquistar esta trinchera.

¿Debe España despreciar la ocasión de que conduzca a sus investigadores la gran figura, la inmensa experiencia, la genial habilidad técnica del creador de la doctrina relativista?

Bulle, se agita generosa y esperanzada en España una generación de investigadores que tienen alma para emprender las mayores empresas científicas; darle aliento es preparar una patria respetada fuera y próspera dentro; defraudarla sería lanzar al pantano del desencanto nuevos sedimentos asfixiantes. Con directores como Einstein al frente y con el material más perfecto, ¡qué empresas no serían capaces de realizar!

No ignoro las dificultades de la empresa; faltan seis meses; habrá que

construir material adecuado, instalarlo con mucha anticipación en el lugar elegido para las observaciones; el eclipse no se presenta en circunstancias muy favorables, porque han de obtenerse durante pocos minutos (tres y medio en la parte occidental de la zona, dos y medio en el extremo oriental) fotografías de las estrellas próximas al Sol, y sólo las habrá de octava magnitud en adelante. Pero las mismas dificultades existen para todos los observadores, salvo las de material, que algunos observatorios se han proporcionado con un año de antelación.

La dificultad del material no es imposible de vencer; con la autoridad de Einstein, acudiendo inmediatamente, o la casa Zeiss o las casas norteamericanas quizá lo proporcionen. La misión mexicana es posible lo haya preparado; algo creo haber oído en Roma a los delegados de aquella República en este sentido, y en tal caso, asociar nuestros trabajos a los suyos, sería honroso para ambos. En último término, el estudio, la preparación metódica, las observaciones previas y después del eclipse, cuando las guía el genio, pueden suplir en gran parte las deficiencias del material.

Creo que el Gobierno español no debe titubear un instante y concertar con Einstein (se marcha dentro de tres días) el plan de trabajos y la cuestión económica. Se necesita dinero, y pronto; cerradas las Cortes, tratándose de trabajos internacionales y queriendo el Gobierno, puede hacer frente a los gastos en un plazo brevísimo. ¿Quién escatimará el aplauso, si han sido generales y calurosos los tributados al señor Salvatella por sus felices palabras de la Academia de Ciencias?

Queda una cuestión, siempre en España difícil, siempre enojosa: la del personal. Entre los hombres de ciencia no hay aquí la mejor armonía, y los intereses creados en derredor de las instituciones científicas oficiales suelen ser una rémora y, lo que es peor, son un peligro de desprestigio fuera. Es preciso que esto acabe radical, rápidamente. Mucho puede hacer el Gobierno en este delicado asunto. Pero tratándose de trabajar fuera de España, al lado de los mayores prestigios científicos del mundo, sólo deben ir los mejor preparados, los más capaces y los más ardorosos.

Por fortuna, si Einstein ha de dirigir, déjese a su elección las personas, rodeándole, desde luego, de los mejores astrónomos y físicos del país, para que haga la selección, o mejor para que divida el trabajo tras de un período preparatorio.

Y confíese a los dos observatorios nacionales, el de Madrid y el de San Fernando, cuyos directores ofrecen las mayores garantías de altura científica y de seriedad, que, con Einstein, propongan, desde luego, cuanto crean conveniente.

ODON DE BUEN

(*La Voz*. Madrid).

Reflexiones

El Beethoven de Naoum Aronson me da una enseñanza.

Fué esculpido bajo el mismo árbol cuya sombra lo ampara. Ello me descubre la colaboración de la naturaleza en la obra del artista. La luz trabajó en el mármol dejándole huellas de auroras. Y también el aire, y acaso la nieve y la estrella.

¿Cuánto que no pudo hacer la mano del artista, lo hizo la naturaleza? ¿Y hasta dónde ella—adivinando en lo recóndito de sus impulsos que allí se le quería dar expresión al genio, contribuyó a plasmar la piedra con algo del mismo esfuerzo que pusiera en producir al hombre prodigioso?

Imagino que a veces las tardes se deleitaban deteniéndose sobre la frente trunca, para dejar allí una vibración; y que, a la mañana siguiente, ella se transfundía en la mano del escultor y, sacudiéndola con el temblor de sus ritmos la llevaba sobre el mármol, con tal virtud, que éste se iba llenando de la armonía y de la majestad de la tarde

La cabellera parece condensar en las ondas pesadas un fragmento de huracán, como si el viento se hubiera detenido a imprimir en el mármol algún misterio del espacio, y una tempestad hubiese quedado adormecida en las sienes del músico.

La sombra del árbol se derramó en los ojos y, concentrada en ellos, insinúa la profundidad del arraigo a la tierra, de cuya entraña asciende, cual instinto que anhela ser idea, la savia que será flor y dulce fruto.

La noche reposa en aquel mármol retorcido, como si reclamara fortaleza para sustentar las estrellas.

El artista parece haber convocado a los impulsos de la naturaleza a congregarse en el cincel. Una vez que ellos palpitaron en el acero revelándole al poseerlo los secretos del ritmo, el artista con íntimo fervor ordenó: ¡crea! Y el mármol comenzó a estremecerse de gloria.

La imagen es algo más que una representación, así cuando en el seno de la nieve modela cristales, como cuando en la mente del hombre plasma mármoles o en la entraña del Caos funde Mundos.

OMAR DENGO

Heredia, mayo 1923.

Cantares en la ausencia

¡Cuántas veces te he buscado,
amorcito, y no te encuentro!
Las veces que te he encontrado
te he encontrado aquí adentro.

Sentadita en mi conciencia
siempre observas mis acciones,
que en torno de tu inocencia
pienso son constelaciones.

Ese lugar en que estás,
—amorcito—es el mejor.
Mejor que nadie estarás
donde mi sol es tu amor.

Cuántas veces te he buscado,
amorcito, y no te encuentro;
pero siempre te he encontrado
si te he buscado aquí adentro.

Antes, cuando estabas,
qué distinto era!
Hoy, que ya no estás,
qué distinto es!
Yo nunca he pasado
por este lugar.
Antes, cuando estabas,
qué distinto era!
Hoy, que ya no estás,
qué distinto es!

RAFAEL ESTRADA

Costa Riaa. Octubre de 1923.

El poema vivo del amor

Un atardecer de primavera vi en el campo a un ciego conducido por una doncella que difundía en torno de sí nimbo de reposo. Era la frente de la moza trasunto del cielo limpio de nubes; de sus ojos fluía, como de manantial, una mirada sedante, que al diluirse en las formas del contorno las bañaba en preñado sosiego; su paso domeñaba a la tierra acariciándola, y el aire consonaba con el compás de su respiración tranquila y profunda. Parecía aspirar a ella todo el ambiente campesino, de ella a la par tomando avisador refresco.

Marchaba a la vera de los trigales verdes, salpicados de encendidas amapolas, que se doblaban al vientecillo, bajo el sol incubador de la mies aun no granada. En acorde con las cadencias de la marcha de la joven palpitaba, al pulsarlo la brisa, el follaje tierno de los álamos, recién vestidos de hoja aun en escarolado capullo e impregnados de la lumbre derretida del crepúsculo.

Apagóse de súdito su marcha a la vista de un valle rebosante de quietud. Pasó sobre él la doncella su mirada, una mirada verdaderamente melodiosa, y depurado entonces el pobre terruño de su grosera materialidad, al espejarse en las pupilas de la moza, replegábase desde ellas a sí mismo convertido en ensueño del virginal candor de su inocente contempladora. Humanizaba al campo al contemplarlo, ella, más bien que mujer, campestre naturaleza encarnada en el femenino cuerpo virginal.

Cuando se hubo empapado en la visión serena inclinóse al ciego, e inspirada de filial afecto, con beso silencioso, le trasfundió el alma del paisaje.

—¡Qué hermoso! ¡Qué hermoso!—exclamó el padre entonces, vertiendo en una lágrima la dicha de sus muertos ojos. Y se volvió a besar los de su hija, en que perinchía inconsciente piedad.

Reanudaron su camino, henchido el ciego de luz íntima, de calma su lazarilla.

—¡Dios le bendiga!—dijo al cruzar con ellos un cansado caminante, sintiendo sobre sí la espiritual limosna de la mirada aquella.

—¡Mi vida, mi eternidad, mi luz, mi gloria, mi poema!—rezaba al oído de su hija el ciego en tanto que la rítmica pulsación de la mano que cogido le llevaba recogía la vida de la campiña toda.

Era, sí, su vida, el cáliz en que apuraba con ansia el jugo de la creación; era su eternidad, la eternidad sobre que rodaban pausadas sus horas a romperse en el olvido en espumosa crestería de dulces recuerdos: era la luz que alumbraba sus tinieblas, con lumbre de amor; era la gloria en que se proyectaba al infinito; era en fin, su poema, el poema vivo de sus entrañas amasado con su carne y con su espíritu, y con su sangre y con su médula, con sus potencias y con sus sentidos.

Había sido Julián, el ciego, de joven un rimador ingenioso, y por ingenioso, frío, un cerebral producto de la ciudad donde pocos van al paso y donde nunca se oye el silencio. Había sido un destilador de sentimientos quintesenciados en el alambique del ingenio, un alquimista del amor hermano de la muerte, un erótico impotente para amar con fruto. Había sido el cantor de las opulentas rosas de cien hojas, sin perfume, ni fruto, todo pétalos encendidos, nacidas al borde del groso estercolero.

Enfermo de la ciudad, después de haber vertido en estrofas intrincadas la espuma del amor cerebralizado, tuvo que recogerse al campo a renovar en su frente la vida del cuerpo. Y allí sintió por momentos volverse idiota, que el filtro en que cernía sus exquisitas sensaciones se le enturbiaba, que la carne se le hacía tierra. No podía sufrir el contacto con el aldeano

receloso, egoísta y zafio: no podía resistir a Tajuña el molinero, el héroe popular, un borracho perdido; a Martinillo, cuyas farsas grotescas desataban la risa, siempre pronta a estallar, de sus convecinos; a Panchote, el bruto del herrero, que trabajaba como un buey sin dársele de nada un ardite, un egoísta que jamás pensó en el prójimo. Dolorido del ámbito, recorría valles, encañadas y collados recitando sus propias rimas, cual conjuro al maleficio de la naturaleza que le envolvía. Se asfixiaba falto de sociedad. Su prima Eustaquia, la hija de la familia de que era huésped, sólo pensaba ante él en no aparecer cándida.

Mas poco a poco íbale ganando el campo, invadiéndole el espíritu gota a gota, a la vez que enriquecida su sangre, barría de sutileza su cerebro y regalaba a su corazón empuje. Iba gustando la salud y con ella vergüenza de su pasado, al ver que la naturaleza impasible sonreía desdeñosa a toda su postura de afectación y fingimiento.

Llegó el día de la fiesta, y se fué al monte, de romería, con su prima Eustaquia. De todo el contorno concurrían a la famosa fiesta. Al borde de la senda canturriaban quejumbrosamente sus patéticas súplicas los pordioseros. «Consideren, almas cristianas, la triste oscuridad en que me veo...» Más allá: «No hay, hermanitos, como el don precioso de la salud...» Más lejos, junto a un árbol, mostraba un muchachuelo enclenque el vientre enorme, lustroso y tostado al sol. Apartó Julián su vista de tanta miseria para descansarla en los humildes escaramujos que vestían al zarzal que festoneaba el otro lado del camino.

Llegaron a la explanada de la ermita, en que entró a rezar un momento Eustaquia, cubriéndose antes la cabeza con el blanco pañuelo. Olía a frescura de campo preñado de cosecha y a guisos suculentos: de entre la fronda subían al cielo columnas de humo.

En el ahumado hueco de un castaño centenario aprestaban como todos los años una merienda, y como todos reverdecía el viejo. Junto al carro del vino estaba Tajuña el molinero, infatigable sangrador de pellejos, taza va, taza viene y él tan arrecho. Flaquearíanle las palabras, pero las piernas no. Y Julián admiró con el pueblo al héroe. Salió a bailar Martinillo, cuya carucha parecía siempre que iba a llorar y no lloraba, y se rió Julián con el pueblo de los brincos y cabriolas felinas del gracioso. Vió con qué recogimiento merendaba Panchote y entendió que nunca es egoísta el que trabaja. Aquellas gentes eran naturaleza, y la naturaleza es también sociedad.

Metióse con su prima por entre los corros, donde los aldeanos bailaban con toda el alma, vertiendo en saltos y piruetas y en gritos desbordamiento de vida, el limpio goce de la libertad de los movimientos, el disfrute del propio cuerpo. Bailaban con ellos las notas claras y estridentes del pito, repletas del agrete del vinillo viejo de las montañas aquéllas, notas que se estrupían de consuno con las risas francas que hacían vibrar de alegría el aire, mientras bailoteaban al viento las hojas de los castaños bebiendo luz. Era aquella danza común, danza litúrgica, acción de gracias de la vida desnuda y pura, holocausto de energía vital.

Palpitáronle a Julián las entrañas, empezaron a cantarle la canción de la salud que rebosaba, y tomando a Eustaquia de la mano se puso a bailar en un corro con ella entre los aldeanos. Era el campo mismo quien con él bailaba. «¡Bien, bien por el señorito!», le decían; «¡alza, Julianete, alza!», le azuzaba Martinillo, provocando risa general. Batían con ritmo los pies de Eustaquia sobre el suelo; oreaba con rozagancia al aire su florecido cuerpo; esplendían arreboladas en sus mejillas rosas de salud; eran sus labios fuente de júbilo, e irradiaban sus ojos vida anhelosa de derramarse.

Cuando al terminar la danza embrazó Julián por el talle a su prima, cuyos ojos decían vida, fundiéndole la sangre las entrañas, derritiendo sobre su corazón a su cerebro. Sentáronse con otros en el suelo sobre la mullida alfombra, a comulgar en la merienda, a beber del mismo vaso, a respirar del mismo aire y a calentrrse al mismo sol.

Entonces sintió Julián el abrazo de la montaña y que al beso de la brisa se le apagaba el alma, el eco de las exóticas rimas ciudadanas. Zumbábale en la cabeza la campiña y se sentía esponjado en la alegría de vivir que le rodeaba. Era el amor que le nacía del campo, el amor fructuoso, cogüelmo de vitalidad.

A la vuelta volvían en parejas los más de los romeros, cogidos de la mano o de la cintura bajo el derretimiento de la luz crepuscular. De cuando en cuando se escapaban de algún pecho fresco relinchidos potentes que volaban como alondras sobre el valle, para morir lánguidamente en la garganta de que como de nido salieron. Julián sintió un escalofrío vivificante al recibir el suspiro con que Eustaquia respondió al beso apretado y lento gozado en un recodo de la senda, y entonces intuyó el curado ciudadano que es el erotismo la impotencia del querer.

Cuando un año después volvió a la ciudad, llevaba a ella con Eustaquia una hija, flor aromática del amor cordial, una obra del cuerpo y del alma, del ser entero y uno, inspiración del campo en que dan en el agabanzo fruto las sencillas rosas del zarzal, los humildes escaramujos de cinco pétalos, un poema engendrado en el desmayo del cerebro, poema de amor hecho carne viviente, su vida, su eternidad, su luz, su gloria, su poema.

Y cuando más tarde, perdida su compañera y olvidadas sus rimas, le cegó el cerebro, de antiguo herido, quedáronle aquellos filiales ojos que serenaban todo ambiente en que descansara con paz su mirada de inocencia.

MIGUEL DE UNAMUNO

(Caras y Caretas, Buenos Aires).

En lo sucesivo—señores agentes y suscritores de provincias—sírvanse remitirme *invariablemente* los fondos bajo *cubierta certificada* o en forma de *giro postal;* que sin ello suelen perderse.

El costo del certificado, o del *giro*, lo incluirán en la suma que me remitan.

El Editor del REPERTORIO

La radiotelefonía y la educación

Dos admirables progresos de la radiotelefonía y la relativa baratura de las instalaciones, me han hecho pensar en la posibilidad de llevar en breve tiempo sus beneficios a la cultura general, con ventajas extraordinarias de distinto orden que a cualquiera se le ocurrirán a poco que sobre ello se medite.

Supóngase, por ejemplo, que el Consejo Nacional de Educación manda hacer una instalación transmisora en uno de sus locales y otra receptora en cada una de las escuelas, e imagínese las maravillosas proyecciones que eso puede tener, de inmediato, en la instrucción, en la formación moral, en la cultura estética de alumnos y maestros.

¿Se desea instruir, educar, deleitar, emocionando, con la música vocal o instrumental, con la lectura de cosas útiles y bellas hecha con expresión y verdad; con una lección de historia, el comentario de un acontecimiento, una exposición de carácter científico, una exhortación de orden moral o patriótico, una crítica de costumbres, etc., utilizando las aptitudes de maestros, ejecutantes o especialistas excepcionales, capaces de sacar todo el efecto posible de los diferentes medios de educación?

¿Se quiere, en ocasiones, que los maestros todos oigan directamente de labios del propio Presidente del Consejo, de los inspectores generales o de quien más conviniere, las orientaciones, las críticas, las instrucciones didácticas, las palabras de estímulo dichas con la expresión y la vida y por lo tanto con la eficacia que no siempre tiene la comunicación escrita o trasmitida por multitud de intermediarios incapaces, a veces, de reflejar exactamente lo que se les encarga?

Pues bastará que el habilísimo profesor, el maestro de canto o el ejecutante excepcionales, el educador inspirado, el inspector convencido y elocuente, actúen, tranquilos, en la estación transmisora, y muchos millares de niños, o de maestros, recibirán a un tiempo los beneficios de tales comunicaciones hechas en forma mucho más penetrante que sin número de las enseñanzas frías que diariamente reciben.

A veces los que reciten, lean, canten o den una explicación, o refieran cuentos, serán niños elegidos que se presentarán como ejemplo y medio de estímulo a sus compañeros desconocidos de todas las escuelas, sin moverse nadie de su propio local.

Nada digo, porque ello está implícito, de la inmensa ventaja de poder aprovechar cuanto convenga de todo lo que ande por el aire, inclusive los grandes conciertos y las óperas, que la mayoría de los maestros y los alumnos no podrían, de otra manera, escuchar.

Tampoco anoto el precioso recurso que ello será para acercar cada vez más el hogar a la escuela, desde que cada día aumentará el número de las familias que tengan instalaciones receptoras propias y el de salones públicos (que eso vendrá) a los cuales se asista para escuchar las transmisiones interesantes previamente anunciadas en la sección especial que no tardarán en tener todos los diarios.

Pero, ¿qué digo?... ¿Qué mejor salón público que el de la escuela?... Allá irán cada vez que se quiera, de día o de noche, los padres y los hermanos mayores de los alumnos, en el centro y en los extremos de la ciudad, invitados por el maestro, a pasar momentos agradables y a recibir enseñanzas provechosas. Atraídos por la música o la poesía, el canto o las narraciones amenas, ¿no escucharán también con placer y beneficio, breves lecciones o consejos, hábilmente presentados, relacionados con la higiene, con la puericultura, con las cosas de cada día, con los deberes y derechos que como padres y ciudadanos deben cumplir o ejercitar?

Reflexiónese un instante en lo que esto significa: ¡Un hombre de ciencia y de experiencia, un médico, un higienista, un educador, o lo que fuera, con ideales y altruismo, de palabra fácil y sencilla, pero elocuente de sinceridad, hablando, aun cuando sólo fuese media hora por semana, en la estación transmisora con la visión estimulante de que sus saludables enseñanzas y exhortaciones son escuchadas en todas direcciones, por millares y millares de personas que acaso le aplauden, llenas de emoción y gratitud, sin pensar que el aplauso no llega al oído de quien lo provoca, pero que lo siente en el alma, satisfecho de la obra que realiza!...

¿Y no abundan, entre nosotros, los hombres y mujeres bien inspirados, capaces de ponerse al servicio de esa obra tan generosa como práctica y fecunda? ¿Sería difícil obtener su perseverante concurso y asegurar la asistencia de público a las escuelas para escuchar las transmisiones?

¿Fantasías?... ¡Oh! Entréguese el gobierno superior de las escuelas a cualquiera que tenga alma de educador y quiera de veras el bien de los demás, y se verá cuántas fantasías se convierten en hermosa realidad y cuántos errores que pasan por cosas buenas desaparecen de nuestra vida escolar.

Y aun cuando las instalaciones radiotelefónicas escolares que propongo sólo se utilizaran para trasmitir con frecuencia, por medio de la música, la lectura y los cuentos interesantes, un poco de sana alegría y de belleza a las almas de niños y de maestros, ¿no

quedaría ampliamente compensado el pequeño gasto que aquéllas demandaran?

Me sería fácil indicar de dónde podría extraer los recursos el Consejo Nacional, y no sólo sin desatender ningún servicio, sino introduciendo indiscutibles mejoras en la enseñanza.

Bueno, pues; he escrito sobre este asunto a un vocal de la referida Corporación, mi estimado amigo el señor Onaindía, para que, si le place, proponga la idea a sus colegas. He pensado, después, que interesa sugerirla también a los Consejos provinciales y a cuantas instituciones quieran recogerla.

Por eso, y para que a todos llegue la iniciativa, he rogado a *La Nación* que la prestigie dándole cabida en sus columnas.

PABLO A. PIZZURNO

(*La Nación*. Buenos Aires).

Guaca

ANDAS, andas, andas, indio de espaldas floridas; tu cacaxtle es rosal que brilla en los caminos, y tu trote infinito, sufre cansancios de soledad. Con las pupilas cristalizadas en las lejanías, andas, andas,. andas...

¿Dime tu secreto doloroso de eterno visionario? ¿Quién como tú puede dar razón de todos los caminos?

Eres rosal místico que sangra, y en tus jarros púrpuras, vendidos en plazas y aldeas, se mitigan las sedes americanas que torturan, mientras—tú andas, andas, andas, huacalero de espaldas floridas: buscando un borde caminero, para descargar tu barro primavera, y ponerte a dormir al sol—para siempre: ya pesan mucho los andrajos negros de la carne...

Yo que te he visto, yo que te he contemplado, en mis sueños redentivos: cómo dormido vas por los soleados caminos, y hasta los perros te salen a ladrar en las tardes tristes; pero tú sigues, sigues imperturbable, trotando, trotando, sin que te preocupen los conciertos que en las sierras tienen las fieras.

Tu figura casi inmóvil, es reproche a la piedad predicada por los hombres, y tu andar es enseñanza acendrada que se eleva como gesta montaña,—donde tu rosal reverberante rebosa cual cascada, y se hincha jadeando en somnambulismo taciturno de indio.

Anda, anda, indio, que de tu humilde choza lejana, traes abozalada la belleza, porque eres indio, y así te enseñaron a tratar a las bestias indomables de tus selvas.

Anda, anda, anda, que tu andar es ritmo cansado que sangra...

México, 1923

ALFONSO FABILA
(Mexicano).

Contra el poder de las tinieblas

Los niños delincuentes

CUANDO Pablo G. tenía once años—corría entonces el de 1918—, se pasaba la vida en la calle. Su madre había muerto. El padre, un albañil enfermizo y avejentado, se agotaba en el trabajo y buscaba después en la taberna un mísero consuelo, huyendo acaso del hogar ensombrecido por la viudez y la pobreza. Durante el día entero la casa estaba cerrada. El niño vagaba tristemente por las calles, como gorrión en invierno. Ni frecuentaba otras clases que las de la escuela del arroyo ni tuvo otro magisterio que el de alguna vecina compasiva. Entre las familias acomodadas, con dinero y criados, no se sospecha siquiera todo lo que representa «la vecina», verdadera institución social en los barrios humildes. Las vecinas apreciaban a Pablo, chico bueno y servicial, dispuesto siempre a llevar un recado y a hacer un pequeño encargo.

Un día, Pablo, jugando en la calle, rompió dos tejas. Una travesura de niño, a lo sumo. Pero, los niños incurren también en responsabilidad penal. Pablo había atentado contra la propiedad, y la propiedad es más sagrada que la infancia. Pablo había quebrantado la ley, y la ley, que no supo protegerle, alcanzó a castigarle: no se cumplió para darle instrucción; pero se cumplió para penar la falta. Aquí, donde no encontramos en el Código textos bastante claros para exigir responsabilidades por los diez mil muertos de Annual, se halló texto suficiente para hacer efectivas las responsabilidades por la rotura de las dos tejas. Pablo ingresó en la Cárcel Modelo.

¡Un niño de once años en la cárcel!... «Cualquiera de nuestros lectores que haya estado en la cárcel, cosa que le habrá sucedido por poco liberal que haya sido...», escribía Larra en «Los Barateros». Pues bien... Cualquiera de nuestros lectores que haya estado en la cárcel, se imaginará con horror la angustia de un pobre niño abandonado de todos tras las rejas de aquellas galerías. Nosotros recordamos aún con honda pena la visita que, hace años, hicimos a la galería de los niños en la Cárcel Modelo, corredor llamado entonces groseramente, en la jerga de la prisión, «la galería de los micos»... No hace falta mucha ciencia psicológica ni mucha experiencia pedagógica; basta un elemento instintivo de ternura hacia la niñez para comprender todo el contrasentido monstruoso que se encierra en estas palabras, expresión de una realidad habitual: ¡Los niños en la cárcel!

En la cárcel estaba Pablo, desolado entre cuatro paredes. ¿Qué iba a ser de él? ¿Se corrompería y degradaría fatalmente en la compañía de «golfos» y rateros, desgraciados muchachos, cogidos en el arroyo para encerrarlos en un calabozo, y soltados del calabozo para dejarlos otra vez en el arroyo? ¿Se moriría de miedo una noche en el lóbrego desamparo de la celda? El hecho ocurrió una vez, y esa muerte de un niño debe pesar en la conciencia de cada uno de nosotros—miembros de una sociedad que tales usos y leyes mantiene—con un remordimiento de obscura complicidad.

Pablo estaba en la cárcel, cuando un día lo arrancaron de allí unas personas desconocidas. El niño estaba asombrado. Buscáronle un limpio cuartito en casa de una familia trabajadora. Lleváronle a uno de los mejores Grupos Escolares de Madrid. Le hicieron sentir que ni la vida es toda mala ni son malos todos los hombres. Como había encontrado aquella bondad espontánea de las vecinas, descubría ahora una bondad más remota, más espiritual, la bondad de unas gentes idealistas que se empeñan en que este mundo sea cada día un poco mejor... Aquel verano gozó Pablo de unas alegres vacaciones en la provincia de Segovia.

¿A qué se debía todo aquello? Se debía a que en España vivió una mujer, Concepción Arenal, cuyo genio sigue viviendo, y vivió un hombre, Francisco Giner de los Ríos, cuya alma tampoco se fué... Se debía a que, en el primer aniversario de la muerte de este último, reuniéronse diez señoras profundamente piadosas, para conmemorarlo santamente, invocando el espíritu y el ejemplo de aquellos dos maestros, con la fundación de una Sociedad que tuviera como objeto principal «contribuir a que los españoles

menores de diez y seis años no entren en la cárcel, ni antes ni después de penados». Se debía, en suma, a que funcionaba ya en Madrid ese «Protectorado del niño delincuente», que se dedica a sacar de la cárcel a los pequeños, sustituyendo, en forma legal, una prisión cruel y absurda por la residencia vigilada en algún hogar honrado o por la estancia en la «Casa-Escuela Concepción Arenal», de donde los muchachos salen luego para entrar en un taller o elevarse en otra forma, siempre bajo una protección discreta, a la sana normalidad de la vida social. ¿No es insensato tratar a los niños como criminales cuando cada día se ve más claro que los criminales debieran ser tratados como niños, es decir, como seres humanos que necesitan estar sometidos a un régimen de tutela y de educación?

Pablo es un ejemplo. Fué el primer niño que el «Protectorado» sacó de la cárcel. Algunas docenas han seguido después el mismo camino. No todos perseveraron en él; ha habido sus lamentables recaídas; pero los más se han salvado. La obra es de una delicadeza extremada, y con extremada delicadeza se realiza, «porque cada equivocación—dice una de sus «Memorias» anuales—puede traer un fracaso, y cada fracaso representa casi siempre la pérdida irreparable de un hombre».

....

Pablo G., el delincuente de once años, que en el invierno de 1918 purgaba en su prisión la rotura de dos tejas, es hoy, cumplidos ya los quince, un excelente alumno de la Escuela de Artes y Oficios, que ha ganado en ella los primeros premios. Pero ¿y los otros? ¿Qué será de los otros, los abandonados al contagio del vicio, al ambiente de perversión, a la miseria, a la ignorancia, al poder de las tinieblas? El protectorado es una semilla; el grano de mostaza, de que habla el Evangelio, «la más pequeña de las simientes de la tierra». Sin embargo, ahí está, en principio, el nuevo concepto, el nuevo organismo de la corrección educadora; una nueva visión de la sociedad en la que el alma de un niño interesará infinitamente más que el barro de unas tejas. ¿Será condición fatal de nuestro suelo que esos intentos, los más puros, los más nobles, se pierdan en la glacial indiferencia del ambiente? ¿No veremos jamás cumplirse la evangélica parábola y trocarse la menuda semilla en el árbol que extiende sus grandes ramas donde las aves anidan y cantan?...

Luis de Zulueta

(*La Libertad*, Madrid).

¿Una sorpresa de Mr. Hughes?

Según noticias, al parecer fidedignas, de la prensa de los Estados Unidos, el Secretario Hughes prepara una sorpresa «continental» en el Quinto Congreso Panamericano, que se reunirá en Santiago de Chile.

Trátase—dice un cablegrama de Washington—«de un llamamiento para establecer nueva base de cooperación política y económica entre las Repúblicas del Hemisferio Occidental». «Será un paso trascendente para poner termino a los recelos y desconfianzas que existen entre los países sudamericanos respecto a la política imperialista que se atribuye a los Estados Unidos».

«En esta capital—agrega la información, refiriéndose a Washington—hay motivos para creer que el mensaje de Hughes tocará los problemas que han surgido a causa de la Doctrina Monroe, cuyo centenario se celebrará este año, y será de gran alcance en lo que se refiere a la tarea de unificar las tendencias políticas de las Américas».

¿Qué pretenderá el Gobierno de los Estados Unidos en la Conferencia de Santiago? Por una parte, asegúrase que su intento se refiere a desvanecer «los recelos y desconfianzas» engendrados por el imperialismo yankee, y, por la otra, parece que se trata de rehabilitar la Doctrina Monroe, que es precisamente la causa de las «desconfianzas y los recelos».

Nosotros, en este punto, creemos que la Secretaría de Relaciones de México fijó con claridad y acierto la situación de nuestra patria—y la de todos los países hispanoamericanos—frente a las tendencias absorbentes de la Casa Blanca. La nota del señor Pani al Gobierno de Chile, en que declinó la invitación hecha a México para enviar representantes al Quinto Congreso de Santiago, está basada en razones decisivas, y no sabemos cómo, a pesar de ella, el Secretario Hughes podrá demostrar a la América Española que los Estados Unidos no pretenden imponer la hegemonía continental en este hemisferio.

Desde luego, para que los Congresos Pan-americanos fuesen algo más que una comedia diplomática, sería preciso que se reformasen los estatutos de la Unión Pan-americana, porque es ridículo suponer que en las deliberaciones de aquéllos habrá libertad de iniciativas y eficacia de acuerdos si, conforme a la ley que los rige, el representante de los Estados Unidos tiene SIEMPRE la posición del árbitro, y nunca, ni por diez minutos, la de uno de tantos delegados que se somete al dictamen de la mayoría.

De aquí que, mientras en los Congresos Pan-americanos no exista una base de PERFECTA IGUALDAD, nadie les concederá otra importancia que la de «coros diplomáticos» obedientes a la poderosa batuta («virgam ferream», que decía el Cardenal Cisneros) del Gobierno de los Estados Unidos...

Por lo demás, nosotros admitimos, naturalmente contra nuestros deseos y patrióticas aspiraciones, pero de acuerdo con una realidad innegable, que el voto de la Casa Blanca pesará todavía durante largo tiempo de manera decisiva en el concierto panamericano. Siempre o casi siempre «la fuerza oprimió al derecho», y no serán el Gobierno ni el pueblo de los Estados Unidos quienes rectifiquen esa fatalidad histórica, para someter sus enormes intereses económicos, políticos y morales, al voto confabulado de Guatemala y Honduras, por ejemplo.

Pero hay algo más en las informaciones de la prensa americana y que, al parecer, se relaciona con el mensaje de Mr. Hughes: el resurgimiento del monroísmo, que es, como decíamos antes, el origen de los «recelos y las desconfianzas» a que se refiere la noticia que comentamos.

La Doctrina de Monroe pudo haber tenido razón de ser hace cien años y aun medio siglo después; pero hoy

nadie la juzgará sino como el pretexto del imperialismo sajón en América para dilatar sus dominios en el Continente. A raíz de la independencia de las colonias españolas y portuguesas, los Estados Unidos quisieron levantar una barrera entre las nuevas nacionalidades y Europa: de allí nació la célebre Doctrina de Monroe, que el Gobierno yankee mantuvo con energía y eficacia frente a la política mexicana de Napoleón III. Entonces, el monroísmo se justificaba ante el mundo, hasta por el concepto anti-monárquico reinante en los Estados Unidos. Pero hoy, cuando Europa no significa ya un «peligro» para América; cuando España y Portugal, y aún las potencias europeas, han renunciado, sincera y definitivamente, a toda aventura en este lado del Atlántico, ¿no parece hipócrita y sospechoso en alto grado hacernos creer que la Doctrina Monroe sigue siendo necesaria para la conservación de la independencia hispanoamericana?

Sin embargo, esperemos el mensaje del Secretario Hughes. Quizá resulte de grave trascendencia para México; y, entre tanto, no olvidemos que nuestra patria ESTÁ SOLA e indefensa, y que nuestras complicaciones internacionales podrán agravarse con el monroísmo, el imperialismo y otros peligros del Norte; pero que, en su mayor parte, dependen de nuestra política interna.

(Editorial de *Excelsior*, México, D. F).

Solidaridad americana

(Concluye. Véase el número anterior)

III

RECLAMOS PECUNIARIOS

Los países de América han gozado de independencia territorial, pero no siempre de una soberanía completa, porque las grandes Potencias se la han cercenado, muchas veces, por medio de reclamaciones pecuniarias a favor de sus súbditos, que, en vez de recurrir con sus reclamos a la justicia nacional, de acuerdo con las leyes locales, se presentaban a las Legaciones de sus países pidiendo amparo diplomático, sin invocar, siquiera, la denegación de justicia. Se crearon, de ese modo, como fueros especiales a favor de los extranjeros y en perjuicio de los nacionales, algo parecido, en el fondo, si no en la forma, al régimen de las Capitulaciones, establecido en los pueblos africanos o asiáticos.

Desde el Ministerio de Relaciones luché tenazmente contra esa tendencia arbitraria y conseguí, al fin, una satisfacción a nuestros derechos, en Tratados que suscribí con Francia, Inglaterra e Italia. Tengo la convicción de que, con el ejemplo dado por esas grandes Potencias, ninguna otra intentará restablecer las antiguas prácticas. Si el régimen de las reclamaciones es vejatorio para los que lo sufren, es, en realidad, inconveniente para quienes lo practican, porque ellas levantan contra sus capitales y sus súbditos desconfianzas tan hondas que acaban por perjudicar sus relaciones comerciales. En interés de unos y otros es necesario, pues, que desaparezcan para siempre de América las reclamaciones pecuniarias, y para ello nada sería más eficaz, una vez organizado el consorcio americano, que desconocer a las potencias el derecho a sustraer cualquier asunto ordinario de la jurisdicción nacional, dando cuenta, si esto se pretendiera, a los países de la Liga, para que adoptaran, de común acuerdo, las represalias más convenientes. También podrían denunciarse los Tratados de comercio con los países que pretendieran violar aquella regla y negarse a suscribir con ellos otros que contuvieren la cláusula de la nación más favorecida, mientras no renunciaren a las reclamaciones diplomáticas entabladas con menoscabo de la justicia nacional.

El estado económico de los países de América, productores de artículos indispensables para las industrias europeas, permitiría la adopción, con eficacia, de esa medida.

La realización definitiva de tal propósito, completaría la obra de nuestros libertadores, porque, gracias a ella, la independencia sería realmente completa y efectiva, viéndose libre la soberanía de las vejaciones que han solido imponerles algunas grandes Potencias.

IV

LA NACIONALIDAD DE ORIGEN Y DE NACIMIENTO

Otra cuestión que debería resolverse por el consorcio americano es la del reconocimiento de la nacionalidad del lugar de naciento para los hijos de súbditos europeos, salvo que ellos, establecidos en la patria de origen, expresaran, al llegar a la mayoría de edad, sus deseos de adoptar la nacionalidad de sus padres. Este asunto, que es de vital importancia para América, puede resolverse en el sentido indicado, beneficiando, en realidad, a las naciones europeas. La experiencia, en efecto, demuestra que los nacidos en América, salvo raras excepciones, toman la nacionalidad de nacimiento y como, llegado el caso, son considerados desertores por la nación de origen, se abstienen, a menudo, de visitarla, conspirando esto contra la extensión de los vínculos comerciales con ella, que forzosamente se ven obligados a crear con otros países. De ese modo, las naciones europeas pierden muchas de las ventajas comerciales y morales que les reporta la existencia, en los países americanos, de un gran número de descendientes de sus súbditos, y en cambio de ese enorme perjuicio sólo logran conseguir la ayuda militar de un pequeño número de aquéllos. Conviene a dichas naciones mantener las simpatías de sus descendientes y estimular sus estrechas vinculaciones con ellos, lo cual se traduce en amplias relaciones de todo orden y en poderosa ayuda económica, como ha ocurrido en la Gran Guerra, y no conspirar contra aquellos vínculos por conseguir una insignificante ayuda militar.

Las dificultades constitucionales respecto a la situación de los que, encontrándose en la patria de origen, optaran por ésta, se subsanarían fácilmente, estableciéndose que los que hicieran tal opción quedarían exentos del servicio militar en el lugar del nacimiento.

V

CONFLICTOS INTER-AMERICANOS

Los principios que preceden deberían ser aceptados por todos los países de la Liga Americana, de manera que pudiera ésta resolver eficazmente cualquier conflicto que llegara a surgir entre ellos.

Las intervenciones en los asuntos internos de otros países no serían admitidas salvo que, determinado previamente el desinterés de ellas, resolvieran practicarlas los dos tercios de las naciones asociadas.

Existen todavía graves problemas de límites que preocupan a muchos países americanos, y aun cuando éstos se han incorporado ya a la Sociedad de las Naciones, lo que les compromete moralmente a aceptar su mediación, yo creo que, una vez organi-

zada la Liga Americana y demostrada la honestidad de sus intenciones, siempre se podrían encontrar fórmulas que resolvieran satisfactoriamente las diferencias surgidas entre los pueblos hermanos.

VI

LIGA AMERICANA

La organización de ésta, a mi juicio, es una consecuencia lógica del Tratado de Paz de Versalles, que, al reconocer y respetar expresamente, la Doctrina de Monroe, parece querer limitar la actuación de la Sociedad de las Naciones en cuanto a los asuntos referentes a la América.

Por otra parte, el Consejo Supremo de la Sociedad de las Naciones está formado, principalmente, por los delegados de las grandes Potencias, habiéndose excluido de él a casi todos los países americanos. Estos necesitan, pues, crear un organismo poderoso, que vele por ellos en las decisiones de la Sociedad de las Naciones, y ese organismo no puede ser otro que la Liga Americana, basada sobre la absoluta igualdad de todos los países asociados.

La Liga Americana tendría, entonces, esta doble finalidad: ocuparse de los conflictos con las naciones extracontinentales y, además, de los que surgieren entre los países asociados.

La primera finalidad beneficiaría enormemente a los pueblos de la Liga, mediante la organizacion de una gran fuerza, que actuaría en beneficio de sus derechos. En cuanto a la segunda, con la acción conjunta y armónica de la Liga Americana, se impediría la intervención europea en nuestros asuntos.

Resumiendo mis conclusiones, para terminar esta conversación, creo que la política panamericana debería fundarse, principalmente, sobre las siguientes bases:

A) Todos los países americanos considerarán como agravio propio el que fuere inferido por naciones extracontinentales a los derechos de cualesquiera de ellos, debiendo originar aquel, por tanto, una reacción uniforme y común.

B) Sin perjuicio de la adhesión a la Sociedad de las Naciones, deberá constituirse una Liga Americana, sobre la base de una completa igualdad de todos los países asociados.

C) Ningún asunto que, según las leyes de un país, debe ser juzgado por sus jueces o tribunales, podrá ser sustraído de sus jurisdicciones naturales por medio de reclamaciones diplomáticas, y éstas sólo serán admitidas cuando se tratara de un caso evidente de denegación de justicia.

D) Todo hijo de extranjero nacido en el Continente Americano tendrá la nacionalidad del país de nacimiento, salvo que llegado a la mayoría de edad y encontrándose en el país de origen, expresara su deseo de optar por la nacionalidad de éste.

E) Todas las controversias de cualquier naturaleza y que por cualquier causa surgieren entre los países americanos, deberán ser sometidas al juicio arbitral de la Liga, cuando no pudiesen resolverse directamente o por mediación amistosa.

F) Cuando un país americano tuviere alguna controversia con la Sociedad de las Naciones podrá pedir la cooperación de la Liga Americana.

Tales son, en mi opinión, las normas de una acertada política exterior, que harían de la América una fuerza capaz de influir en los destinos del mundo. El triunfo de sus ideales de justicia y democracia asegurarían, para el porvenir, que los pueblos pequeños no fueran víctimas, como lo fueron en el pasado, de las tremendas injusticias de los grandes.

BALTASAR BRUM

(Boletín del Ministerio de Relaciones Exteriores, Montevideo).

Ritual

DANZA, danza, hermano huehuenche de epidermis embijada y penacho de quetzal, que tu baile monorrítmico, al son del tambor sordo y la chirimía melancólica, es igual, eternamente igual a mi vida en su ton: ¡Es placer hondo, ver al espíritu retratado en las cosas!

Danza, que a tu baile unísono se aduna el gesto sombrío extático del dolor que hay en tu cara, semejante a la mueca del Misterio.

Danza, y que los espejos y abalorios de tu cuerpo de tigre, y los plumones abigarrados del penacho ancestral, en un monocorde alarido de tu garganta endurecida, tiemblen en euritmia polifónica celeste, y al impulso de tu brazo de hierro, brotes de tu arco abandonado de guerrero salvaje indo-americano, infinitas flechas, que florezcan como pumas de oro a los astros.

Danza, danza, hermano huehuenche de epidermis embijada y penacho de quetzal, que la Virgen Guadalupana necesita en las faldas del Tepeyac, oir el cántico de tus tambores y bandurrias, que habrán de recordarle que nuestra vida monorrítmica en olvido, será un día torbellino impetuoso de águilas, ascendiendo, ascendiendo, ascendiendo en danza plástica, policroma, ritual y suntuosa, hacia las regias montañas del Sol.

México, 1923

ALFONSO FABILA
(Mexicano).

Cantares olvidados

¿Recuerdas—corazoncito mío—
cuando en las tardes contemplábamos
las calles, inundadas de agua,
y llueve que llueve tronando el cielo?

*

Al preguntarte que por qué no me amabas
bien sabía yo el por qué.
Y tú sabías, sabías que me amabas,
y tú y yo bien sabíamos por qué.

*

Nada me importa, nada,
que me olvides si amas a otro.
Lo que sí me importa
y mucho, mucho,
es que ese otro a quien amas
te ame, te ame
como yo te amé.

*

Si cuando te dí aquel beso
te enojaste,
fué porque ya lo sabías.
Si te lo hubiera dado antes,
me habrías querido mucho
y no habrías creído nada
de lo que después supiste!
Si cuando te dí aquel beso
te enojaste, te enojaste,
fué porque ya tú sabías
que ya yo no te querría

*

Abrí la urna de mi corazón
para verte, amor,
y cerré de nuevo mi corazón,
pues no estabas, amor.
Cuando niño una simiente sembré
preciosa, en un jarrón.
Y cuando quise verla,
y cuando quise verla,
no encontré ni simiente,
no encontré ni simiente ni jarrón.

RAFAEL ESTRADA

Costa Rica.

Romanticismos de adolescente

EN el prado, una apacible quietud; en las montañas vecinas, apenas un ruido de viento que se esconde entre el ramaje y en medio de todo esto, la casa, alegre siempre por las risas de la novia y por los cantos de los pájaros que en esa forma dulcifican su prisión.

Así se adormecía la campiña aquella tarde: quietamente... sin las borrascas de diciem-

bre, al calor del reflejo que el sol deja después de haber servido de hostia sacrosanta.

Desde el balcón de la casa, que estaba en un alto, se dominaba el espectáculo hermoso de los campos, y en él, dos amantes —idealistas alocados— callaban sus palabras para sentir el amor en las miradas; dos personajes que recuerdan los de Saint-Pierre, con las almas divinamente purificadas por la ilusión, abrían sus cerebros para dejar absorber toda la belleza del momento. Comprensivos ambos, cada cual portador de esa arpa misteriosa que algunos llevan en el alma, y que permite sentir el ritmo misterioso de la naturaleza, reflejaban en sus ojos el paisaje y la pasión, que los rodeaban.

Era ese un momento solemne: la manifestación magnífica de sus alrededores y la comprensión íntima de sus interiores emociones; uno de esos momentos que son fulgores de verdadera vida, de vida de amor y de campo, o lo que es lo mismo, de virtud y pureza. Custodiados por el aire suavísimo de aquel paraje, sin más testigo que un silencio apenas interrumpido por el caer de las hojas de algunos árboles vecinos, comprendían el verdadero móvil de la vida: el amor, esa fuerza eterna que impulsa los más leves movimientos del espíritu.

Pero el tiempo trascurría y la noche iba borrando las siluetas de los montes, de los valles y hasta de la misma casa, obligando a los amantes a despertar de su extático embeleso, y a pensar, cómo hasta las ilusiones más grandes se adormecen—como el sol—para despertar mañana.

* *

Un aspecto muy interesante del Hispano-americanismo

Designación de escuelas con nombres de naciones

Buenos Aires, agosto 24 de 1922.

Circular Nº 230.

Tengo el agrado de dirigirme a usted, comunicándole para su conocimiento y demás efectos, la resolución adoptada en la fecha, que dice así:

De acuerdo con los principios sostenidos por la República Argentina en el Congreso de Ginebra y como un primer paso hacia la obra de acercamiento internacional que debe realizar la escuela educando a las nuevas generaciones que formarán los pueblos futuros con una orientación inspirada en la paz y concordia humana, y teniendo por única finalidad aunar los esfuerzos de todos por el bien común,

El Presidente provisorio del Consejo Nacional de Educación, en uso de la facultad conferida por decreto del P. E. de fecha 16 de diciembre de 1921,

RESUELVE:

1º—Designar con los nombres de las Repúblicas Latino-Americanas a las escuelas de la capital que a continuación se mencionan:

Estados Unidos del Brasil	Escuela	Nº 12	del	C. E. 3
República de Bolivia	»	» 12	»	» 5
República de Chile	»	» 13	»	» 4
República de Colombia	»	» 1	»	» 8º
República de Cuba	»	» 1	»	» 10º
República de **Costa Rica**	»	» **3**	»	» **16º**
República Dominicana	»	» 3	»	» 18º
República del Ecuador	»	» 3	»	» 9º
República de Guatemala	»	» 12	»	» 11º
República de Haití	»	» 4	»	» 19º
República de Honduras	»	» 2	»	» 14º
República de Méjico	»	» 7	»	» 13º
República de Nicaragua	»	» 8	»	» 5º
República del Paraguay	»	» 10	»	» 2º
República del Perú	»	» 18	»	» 6º
República de Panamá	»	» 2	»	» 17º
República del Salvador	»	» 5	»	» 12º
República Oriental del Uruguay	»	» 21	»	» 1º
República de Venezuela	»	» 10	»	» 7º

2º—Los Directores, personal docente y alumnos de las mismas iniciarán relaciones por los medios que crean más apropiados, con los directores personal docente y alumnos de las escuelas pertenecientes a la República cuyo nombre llevan, tendiendo al conocimiento recíproco y a estrechar los vínculos amistosos que deben existir entre naciones hermanas.

3º—Además de los retratos de próceres argentinos, se colocarán en ellas las de los hombres más eminentes de la República hermana, a cuyo efecto el Museo Escolar Sarmiento adoptará las medidas correspondientes.

4º—Disponer que las alumnas de las escuelas de la Capital que la Inspección Técnica General designe, y bajo la dirección de la Inspectora de Labores confeccionen banderas de las Repúblicas Latino-Americanas las cuales serán obsequiadas por la escuela respectiva a la que se determinará.

5º—En las fechas que se rememoren acontecimientos históricos de importancia de una República Latino Americana, se darán clases alusivas en la escuela correspondiente, sin perjuicio de las medidas de carácter general que el H. Consejo considere del caso adoptar.—Saludo a Ud. muy atto.—Jorge A. Boero.—Pablo A. Córdoba.

(*El Monitor de la Educación Común*, Buenos Aires).

Imprenta y Librería Alsina.—San José de Costa Rica